

Antonio López Ortega

En busca de su voz... y la ajena

Entre sus obras:

Armar los cuerpos (1978), *Cartas de relación* (1982), *Narrativa* (1982), *Calendario* (1985, 1990), *Naturalezas menores* (1991), *El camino de la alteridad* (1995), *Lunar* (1996, 1997, 1998), *Ajena* (2001).



Poética de su escritura

Antonio López Ortega constató, durante su adolescencia, que crecía una voz interior, buscando canales para escapar. A los 18 años hubo una combinación de factores que ayudaron a que esa voz surgiera. Primero, un profesor en el bachillerato cometió una injusticia contra él. Acostumbrado a eximir sus materias, el destacado estudiante entró en un momento de crisis, de soledad, y se encerró a escribir su primer relato.

Luego, la grata experiencia de haberse familiarizado con autores latinoamericanos como Juan Rulfo, Juan José Arreola, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, entre otros, en un curso con la profesora Velia Bosh.

A esto se suma otra experiencia definitiva: en 1975 decidió ingresar a un taller de expresión literaria, dirigido por el poeta Juan Calzadilla, a quien recuerda por su personalidad, su majestad como amigo y como persona sabia. En palabras de este escritor, la experiencia fue "algo extraordinario; se me develaron muchas cosas".

Ahí desarrolló técnicas de escritura que tenían mucho que ver con el surrealismo francés y el dadaísmo. "Juan fomentó la escritura colectiva, el experimentalismo textual y expresivo: hicimos muchos cadáveres exquisitos, hicimos mucha escritura automática, hicimos una novelita que se llama *Ritos cívicos*, a ocho manos...".

Del taller surgió también la revista *La gaveta ilustrada*, título grato en sus memorias. Era una publicación, como el grupo “irreverente, experimental...”

De aquella época inicial, este escritor dio lo que llama un “triple salto” a París en 1979, donde vivió una etapa de siete años, más académica, de extrañamiento, de alejamiento del país, de ruptura con su carrera en la Física, para cursar Estudios Hispánicos.

Dos libros se habían incubado en la etapa de *La gaveta ilustrada*: *Larvarios* (que se publicó en una antología de la revista) y *Armar los cuerpos*, que surgió de 1977 a 1978, en el Centro Rómulo Gallegos, bajo la dirección de Domingo Miliani, y trabajando directamente bajo la tutoría de Oswaldo Trejo.

En Francia surgió *Cartas de relación* (1982), como producto de sus lecturas de literatura colonial, cronistas de Indias, siglo de oro español, picaresca, y otras influencias de diferentes disciplinas y escuelas estéticas. *Calendario* (1985, 1990) fue otro libro de esta etapa, visto de alguna manera como escritura de poética, con la estructura de un diario.

Mientras estos dos casos se dieron, inició en 1983 la escritura de *Ajena*. Era un proyecto que “ya venía caminando, como idea, como concepción, como intuición”.

Al regresar a Venezuela surgieron *Naturalezas menores* (1991) y *Lunar* (1996, 1997, 1998), novela que fue premiada en la Bial Mariano Picón-Salas, publicada en otros países y traducida al inglés. Durante todo este trayecto seguía, en estas obras clásicamente narrativas, recuperando su afición por los géneros breves, pero nunca dejó a un lado *Ajena*. La novela estaba ahí: “creciendo, decreciendo, avanzando, retrocediendo...”

El autor no encontraba el tono que quería para este trabajo. Después de 11 años, gracias a una oportunidad de ir a Italia con apoyo de la Fundación Rockefeller, se concentró dos meses, y durante muchos días de encierro, surgió la voz precisa, la de una mujer adolescente, de 20 años, caraqueña de clase acomodada “a la que no le podía inventar un mundo que no le perteneciera”.

Ajena se volvió tan suya y le ayudó a madurar en su carrera literaria, a reconocer que toda su obra ha surgido de una voz propia, de la búsqueda de un tono preciso, auténtico, y de un cúmulo de experiencias y sensaciones únicas.

Influencias

En su obra hay influencias generales, y algunas asociadas a determinados libros. Por ejemplo, en *Calendario* el mismo autor encuentra

“mucha resonancia del Siglo de Oro español”, principalmente en poesía (Garcilaso, Góngora, etc.). En libros como *Naturalezas menores* y como *Lunar* están “los clásicos de la narrativa breve... por supuesto Cortázar, e incluso Edgar Lee Masters... también algo de la tradición hispano-americana, extraordinaria. Incluso lo que uno descubre de narrativa breve en los grandes...”

Tardíamente ha descubierto en su obra a clásicos venezolanos importantes, como la lectura narrativa de Ramos Sucre, “o libros tan aislados dentro de la evolución literaria de la narrativa venezolana, como *El osario de Dios*, de Armas Alfonzo, que es un clásico de la modernidad...un libro isla, un libro hito”.

A Antonio López Ortega se le da bien la narrativa breve: “Es un género que me seduce mucho. Si no me resistiera, me pasaría la vida en eso”. Reconoce el gusto por este tipo de literatura, y las obras que, desde los años 70, aportaron en este sentido algunos colegas: el primer Armando José Sequera, José Gregorio Bello Porras, Eduardo Liendo, Lourdes Sifontes, Gabriel Jiménez Emán, Ednodio Quintero...

En la etapa juvenil, las influencias se encuentran en mucha literatura francesa y, en general, experimental (todo el surrealismo, todo el dadaísmo). Una vocación más cosmopolita. En ese contexto también llegaron a influir algunas lecturas de Cortázar y de Borges, de interés para él por su carácter experimental.

En la estadía en Francia, influyeron las lecturas de “los grandes patrimonios de literatura ibérica, desde el medioevo hasta acá”. También hubo lecturas de los grandes maestros latinoamericanos, con otra mirada y capacidad asociativa. El hecho de estar en Francia le permitió vivir la última etapa del estructuralismo, que le dio la oportunidad de conocer de cerca, e incluso tomar clases de Levi Strauss, de Roland Barthes...

En Francia el autor comenzó a “leer y entender de manera más cabal y madura la literatura venezolana. Ahí comenzó a leer sistemáticamente bien a Picón-Salas, a Briceño Iragorri, a Blanco Fombona, a Teresa de la Parra...” Fue una “lectura a distancia, una visión letrada del país a priori, que yo no tuve en mi época de joven cuando más bien era un disidente. Me reencuentro con el país a la distancia y comienzo a valorarlo mucho... eso me acercó mucho”.

Otra influencia en su dispositivo textual ha sido su calidad de “enfermizo lector de poesía”, lo que lo lleva a respetar y cuidar el lenguaje: “siento que la forma es indisociable al fondo, siento que la escritura es también música”.

La narrativa venezolana contemporánea

Para López Ortega, no se vive el mejor momento, históricamente. "Es un momento de ajuste, de cambio. No creo, por ejemplo que tengamos la salud que tiene la nueva poesía venezolana". El movimiento de escritoras —dice— es importante y puede considerarse a la avanzada. También considera que se ha cultivado mejor el relato que la novela.

En retrospectiva, encuentra un siglo XX saludable en la narrativa: "con grandes íconos como Gallegos, Teresa de la Parra, con escritores experimentales a partir del 50 como Oswaldo Trejo, con toda la vanguardia maravillosa de los 60: Salvador Garmendia, González León, Britto García. Pero ese universo narrativo nuestro se ha debido recomponer en las postrimerías, en los últimos estertores de la generación de los 60..."

En un repaso al panorama reciente: "Siento que hay un hueco interesante a partir de los 90. Muchos jóvenes están en el extranjero, enfrentándose a otras cosas, a un desafío de trabajo más duro. En Venezuela la oferta editorial se ha empobrecido dramáticamente, tanto a nivel de estado, como de las editoriales privadas. Lo paraliterario ha condicionado mucho el tema de la producción".

Sin embargo, no es ésa la única excusa. "Hay una excusa desde adentro: ¿por qué tenemos dificultad para narrar?, ¿por qué tenemos dificultad para lograr el distanciamiento que se requiere a veces en relación a los referentes históricos, para hacer narrativa? Es un problema bastante complejo. ¿Por qué la poesía venezolana de los últimos 20 años, ha podido responder mucho mejor ante el referente histórico? Ya sea para metaforizarlo o para evadirlo, para una poesía objetiva o subjetiva... el acento dominante es subjetivo, pero en esa subjetividad hay una lectura extraordinaria del país".

La conclusión que hace López Ortega es que "estamos en momento de ajuste. Deben venir nuevas voces, nuevos acercamientos, nuevas lecturas, y debe venir un momento de recuperación, de parámetros de calidad superiores a los que tenemos".

Narrar en estos tiempos. Qué hacer por la paz

En París le preguntó alguna vez a Emir Rodríguez Monegal, cómo respondían los narradores a la dictadura. "Lo único que te puedo decir —le respondió el escritor argentino— es que lo que ahorita tenemos es una narrativa de encierro. Se narra la interioridad, se narra el cuarto, pero nadie se atreve a asomarse por la ventana".

A propósito de tiempos violentos y cambios, Antonio López Ortega retoma aquellas palabras del crítico y ensayista argentino, para elaborar su propia reflexión: "Esto significa que el narrador responde como

puede. Si evita los signos de la exterioridad, es porque no nada bien ahí. Prefiere espacios cerrados, la intimidad”.

Recuerda el autor que Oswaldo Trejo publicó en 1951 un relato de corte merideño que se llama *Escuchando al idiota*, que quiebra el referente paisajístico. Pierde fe en la exterioridad.

“Los narradores abordan eso en una clave subjetiva y personal: no afrontando eso, sino tratando de revelar en los signos de la narrativa elementos de la exterioridad, filtrados a través de la subjetividad. Hay una frase que le oí el otro día al viejo Ramón J. Velázquez, que me gustó mucho al hablar del momento en Venezuela: decía que el venezolano salió de su casa, y no ha regresado. No estamos en periodo de recogimiento. ¿Cuándo estaremos del vuelta al hogar?”

Un poema inédito de Yolanda Pantin, inspirado en Maria Lionza, lo ha sensibilizado sobre la necesidad de dejar a un lado el mito guerrero, para reconocer al ser humano desde el interior, “para reconocer que estamos en un periodo que nos habla más claramente de la vida, de la fertilidad. El mito guerrero nos está haciendo mucho daño.”

Lo mejor que las letras pueden hacer es convertirse en espejos de época. Hay una herramienta en la literatura, más aguda o poderosa que los mismos tratados de historia. “El gran deber del narrador venezolano actual es ser fiel a sí mismo: fiel a su tormento, a sus demonios, a su intuición, a sus reservaciones. Es la mejor manera de reflejar una época. Cuando nos reconciamos como lectores con lo que nos pudo decir Blanco Fombona, de lo que nos pudo decir la Teresa de la Parra de *Ifigenia*, ¿cómo recuperamos esa época?, viendo la literatura. ¿Cómo se verá esta época? Dependerá de la salud de la narrativa. Hay que apostar a la creación narrativa para poder entender mejor cómo influye el escritor en los espíritus, en las concepciones, en las conciencias y cómo se refleja el país. Ahí el narrador tiene mucho qué decir”.